LOS AUTORES DE TRES NOVELAS DE OLAVIDE

por

MARÍA JOSÉ ALONSO SEOANE

El título paradójico de esta comunicación manifiesta de hecho una realidad que se me ha ido haciendo patente a lo largo de una extensa investigación en curso sobre la obra narrativa de Pablo de Olavide cuyos frutos hasta el momento voy a exponer aquí. Con anterioridad he tratado algunos aspectos de este tema en el *I Congreso Histórico sobre las Nuevas Poblaciones de Andalucía y Sierra Morena,* en marzo del pasado año, y en un artículo de la revista *Axerquía* de la Excma. Diputación de Córdoba. Ambos trabajos están todavía actualmente en prensa y como constituyen un punto de partida inexcusable para lo que voy a exponer en esta comunicación, daré una breve idea previa de su contenido.

* * *

Cuando en 1970, precedido de varias noticias sobre el tema, el investigador peruano Estuardo Núñez publicó su libro *El nuevo Olavide* [1] y, al año siguiente la edición de seis novelas de Pablo de Olavide, compiladas y prologadas por él bajo el título de *Obras narrativas desconocidas,* [2] es indudable que las investigaciones sobre la actividad literaria del antiguo Asistente de Sevilla dieron un considerable salto adelante. Hasta ese momento, aunque con-

1 Lima, 1970.
2 Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971.

táramos con alguna referencia al hecho de que Olavide hubiera escrito novelas, no disponíamos del texto de ninguna de ellas, y, en realidad, esta faceta de Olavide era prácticamente desconocida. Núñez encontró estas obras en distintas bibliotecas norteamericanas; todas ellas publicadas en Nueva York, en 1828, «Por el autor de *El Evangelio en triunfo*», impresas por Lanuza, Mendía y Compañía, con los títulos siguientes:

— *El incógnito o el fruto de la ambición*
— *Paulina o el amor desinteresado*
— *Marcelo o los peligros de la Corte*
— *Sabina o los grandes sin disfraz*
— *Lucía o la aldeana virtuosa*
— *Laura o el sol de Sevilla.*

Cada una de estas novelas, de diferente carácter y extensión, aunque siempre relativamente breves, llevan un corto prólogo que Núñez cree debido al editor. En cuanto a la impresión americana, Núñez piensa que alguno de los albaceas de Olavide entregó los manuscritos a Lanuza y que éste, en la emigración, edita en Nueva York cuando dispone de imprenta propia. De una séptima novela, *El estudiante o el fruto de la honradez,* da la referencia, aunque no ha podido encontrar el texto.

La trascendencia de estos hallazgos es indudable. Pero algunas de las hipótesis de Núñez necesitan ser revisadas, como intentaré exponer a lo largo de esta comunicación. Para llegar al nuevo planteamiento que propongo de la obra narrativa de Olavide he de comenzar haciendo referencia a dos noticias sobre novelas del antiguo Asistente que Núñez no ha tenido en cuenta, y otro dato posterior, de Juan Ignacio Ferreras que a su vez ignora los trabajos de Núñez. La referencia más temprana a la existencia de novelas de Olavide, fechada en 1875, procede de una semblanza que de él hace Fernández de los Ríos en *La Ilustración Española y Americana;* para la que se valió en gran parte de las informaciones de don José Arroquia, Marqués de San Miguel de la Vega, heredero de Olavide y en la que se afirma que éste había dejado,

entre otros escritos que permanecían inéditos, una serie de novelas morales cuyos títulos transcribe: *El Desafío, La Paisana virtuosa, El Mendigo honrado, El Sol de Sevilla, Los peligros de la riqueza, La Huérfana, El Amor desinteresado, La Malagueña, La Satisfacción generosa, La Noble venganza, La Lugareña en la Corte, Los Peligros de Madrid, La Presunción orgullosa, El fruto de la ambición, El Matrimonio infeliz, El Secretario filósofo, El Estudiante, El Celo de la justicia, El Padre mal aconsejado, La Crianza descuidada, Las Ligerezas de una mujer virtuosa, El Deshonor reparado.* [3]

Creo que nadie se hizo eco de esta noticia hasta que Defourneaux, [4] en 1965, consigna el hecho de pasada, sin reparar en su interés para la historia de la literatura; como un dato más acerca de los escritos de Olavide que permanecían inéditos en el Archivo Municipal de La Carolina y entre los que se encontraban dos fragmentos de cuentos morales, cuyo texto efectivamente publicó Manuel Capel poco después. [5] Por otro lado, con posterioridad a la edición de Núñez, Ferreras, que considera a Olavide autor de dos novelas, en su *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX,* [6] ofrece el título de una novela más; *Los gemelos o el amor fraternal* también de Nueva York, 1828, «Por el autor de *El evangelio en triunfo*», Casa de Lanuza, Mendía y Compañía, que este investigador ha podido localizar en una biblioteca particular de Barcelona.

* * *

Pues bien, todas las novelas localizadas por Núñez y Ferreras y bastantes más de entre las atribuídas a Olavide por Fernández de los Ríos estaban ya editadas en España, cuando aún vivía el antiguo Asistente de Sevilla, afincado en Baeza; las mismas novelas, exactamente iguales, aunque publicadas bajo nombre su-

3 *Olavide,* «Ilustración Española y Americana», núm. X, II, 1875, pág. 191.

4 Vid. Defourneaux, M.: *La historia religiosa de la Revolución francesa vista por Pablo de Olavide,* «Boletín de la Real Academia de la Historia», CLVI, abril-junio 1965, pág. 114.

5 *La Carolina, capital de las Nuevas Poblaciones,* Jaén, Instituto de Estudios Giennenses (C.S.I.C.), 1970.

6 Madrid, Cátedra, 1979, s. v.

puesto y con variantes en los títulos. Se trata de las obras de Atanasio Céspedes y Monroy publicadas en Madrid, en 1800 la mayoría, en los once tomos de una colección titulada *Lecturas útiles y entretenidas,* [7] en la imprenta de José Doblado, la misma de donde están saliendo, en esas fechas los *Poemas cristianos,* el *Salterio español* y reediciones de los *Poemas* y sobre todo de *El evangelio en triunfo,* la obra de máxima popularidad del Olavide anciano. La colección tiene solamente un prólogo de conjunto y los títulos que comprende establecen de por sí su relación con la mayor parte de los citados por Fernández de los Ríos y con los demás ejemplares que modernamente se han hallado. Con los editados por Núñez he podido comprobar que únicamente presentan variantes en los títulos, dándose el mismo texto en unas y otras. Son las siguientes obras: *El desafío, La paisana virtuosa, La mendiga honrada o la conversión del amor, El sol de Sevilla, Los dos amigos o los peligros de la riqueza, La huérfana, El amor desinteresado, La hermosa malagueña, La satisfacción generosa, La dulce venganza, Los peligros de Madrid, La presumida orgullosa, El fruto de la ambición, El matrimonio infeliz, El secretario filósofo, El estudiante, Los gemelos, La madre prudente, La feliz desgracia, El inconstante corregido, La familia feliz.*

* * *

Las *Lecturas útiles y entretenidas* fueron bien conocidas en su tiempo. Pertenecen al renacimiento de la novela corta que Brown [8] establece en torno a los años finales del siglo XVIII y primeros del XIX, a raíz de la publicación de la colección de anéc-

---

7 Con posterioridad al I Congreso Histórico sobre las Nuevas Poblaciones de Andalucía y Sierra Morena (marzo, 1983) donde di cuenta primera de mis investigaciones en torno a la obra narrativa de Olavide, ha salido el 2.º tomo (último por ahora de esta obra en curso de publicación), *Bibliografía de Autores Españoles del siglo XVIII,* Madrid, C.S.I.C., 1983, II, de F. Aguilar Piñal, que en la entrada correspondiente a Céspedes y Monroy da sola la indicación siguiente: «Véase P. de Olavide y Jáuregui». Hasta el momento es la única referencia que he encontrado a este tema, en el sentido en que lo expongo aquí. Véase también mi artículo *La obra narrativa de Pablo de Olavide: nuevo planteamiento para su estudio,* «Axerquía», en prensa.

8 Vid. Brown, R. F.: *La novela española, 1700-1850,* Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1953, pág. 24.

dotas *Voz de la naturaleza* de Ignacio García Malo; que a su vez no hace sino imitar las narraciones de carácter moralizante frecuentemente imbuídas de una sensibilidad extrema, tan de moda en Europa; obras derivadas de propósitos ilustrados con destino a los jóvenes y que García Malo mantiene dentro de los límites de una ortodoxia más o menos estrecha. Cierto es que, como indica en el prólogo, se propone dar «mucha fuerza a las pasiones» —cito literalmente a García Malo— pero es para «hacer resplandecer más claramente la virtud», puesto que con la exaltación pasional «así parece más glorioso el triunfo de ella». [9] A los mismos criterios, como se anuncia en el correspondiente prólogo, se atienen las *Lecturas útiles y entretenidas;* pero las anécdotas de esta última colección son más dispares: lo puramente entretenido se mezcla con moralizaciones netas y en alguna de las novelas, la sensibilidad roussoniana adquiere proporciones inquietantes. En 1801 un redactor de *El Memorial literario* se indigna con los propósitos confesados en el prólogo de las *Lecturas* y que ve quebrantados en ellas: «Reparamos [...] que se propongan estas novelas como objeto de entretenimiento y utilidad. ¿Quién podrá llevar esto con paciencia? Hay algunas obscenas, como la del Pintor Velázquez; hay otras de pernicioso ejemplo, como *Los peligros de Madrid;* hay en fin otras, que en vez de inspirar la despreocupación y cultura, inspiran todo lo contrario. ¿No nos bastaba la infinidad de novelas que últimamente se han traducido a nuestra lengua, para pervertir las ideas y costumbres por las lecciones de falsa sensibilidad, y por la indulgencia y tolerancia con que enseñan a mirar los vicios?» [10] En su severa nota, el redactor anónimo acusa también al autor de mal uso del lenguaje y de haber estropeado las obras que tomó de otras extranjeras.

Estas acusaciones en sí no tendrían demasiada importancia: cierto es que la inocuidad de las novelas, a pesar de las declaraciones formales del prólogo de las *Lecturas,* de que en ellas «con el

9 *Voz de la naturaleza,* Barcelona, 1799, I *[Prólogo].*

10 *Noticia crítica de la obra «Lecturas útiles y entretenidas», por D. Atanasio de Céspedes y Monroy,* «Memorial literario o Biblioteca periódica de Ciencias y Artes», I, año primero, Madrid, octubre de 1801, pág. 65.

11 *Lecturas útiles y entretenidas,* Madrid, Doblado, 1800, I, pág. 8 *[Prólogo].* Con el fin de regularizar las citas del texto de Olavide, actualizó la ortografía y acentuación.

anzuelo de la diversión, se introducen los principios más sanos de la virtud y las máximas del más puro moral» [11] y de que pueden «ser útiles a toda clase de personas, especialmente a la juventud ingeniosa y viva, que gusta de leer, y hallaría en ellas una insensible y excelente educación», [12] no estaba nada clara, ni siquiera aduciendo, como se hace, el ejemplo respetable de Jean Pierre Camus, obispo de Belley, como precedente; pero los ataques contra las novelas eran generales, como generales eran los propósitos de ejemplaridad. También lo eran las acusaciones de malas traducciones e incluso de adaptaciones inconfesadas que no siempre tenían razón y de las que algún autor se defiende haciendo expresa declaración de originalidad, como García Malo en su *Voz de la naturaleza:* «algunas personas han creído ser traducción lo que solamente es original». [13] Este aviso a los lectores se transforma en queja indignada porque en un periódico se dijo que su anécdota de Rosalía era traducción de la Pamela, cosa que en su momento le causó risa y calló por desprecio; pero que se ocupa de rectificar: «[...] por si algunos de los que vean estas Anécdotas han leído el tal papel, no podemos menos de manifestar la ligereza de sus autores, cuando aseguran que una historia de ocho tomos está traducida en seis pliegos [...] ¿Qué censura pueden hacer hombres que no saben distinguir la imitación de la traducción?». [14]

* * *

Esta noción de autoría no aparece tan precisa en las *Lecturas útiles y entretenidas*. En el prólogo, de carácter ficcional, se habla de un amigo del editor que al no encontrar las obras del «Obispo de Belei» [15] [sic] que quería traducir o imitar, se determinó por

12 Idem, ibidem, pág. 9.
13 *Voz de la naturaleza,* op. cit., tomo III *[Prólogo].*
14 Idem, ibidem, V *[Prólogo].*
15 Como antes dijimos, Olavide va a ampararse en el ejemplo del obispo de Belley, íntimo amigo de San Francisco de Sales, que, en efecto, aunque en sus novelas difiere bastante de las correspondientes dieciochescas, en sus prólogos hace muy parecida declaración de intenciones: «Y puesto que nos esforzamos en aportar algún remedio, por medio de estas *Historias Devotas* —expone en una de ellas, *Elisa o la inocencia culpable*—, a las profanas invenciones de tantos libros que esconden el veneno bajo la dulce miel de sus afectaciones, ¿por que no nos será permitido, para dar la diversión con un piadoso artificio, servirnos de los mismos cebos, dando el antídoto conforme al mal, contraminando el mal amor con un saludable contra-amor?» (...) (París, Chappelet, 1621 *[Prólogo]).*

fin a ensayar sus propias fuerzas, y aplicarse a ver si podía escribir algo que pudiese llenar el mismo objeto». [16] Lo que el editor publica son los papeles que su amigo ha dejado al morir: «Con esto ya se ve que ni yo, ni el heredero podemos saber si estas historias son originales o traducidas, si son sacadas de otros libros, o si son propias invenciones del autor, o tal vez si hay de uno y otro. [...] Pero esto ¿qué importa al lector? con tal de que aconseje bien a unos, que corrija a otros, y que divierta a todos, me parece que esto debe bastarle». [17] Es decir, que a todas las posibilidades quedan abiertas las *Lecturas;* sin embargo, dejando esto aparte, veamos otro aspecto importante de la obra narrativa de Olavide, que es el objeto concreto de esta comunicación.

* * *

La tesis central de las investigaciones de Núñez sobre Olavide novelista es la de considerar estas obras como manifestación de un cambio decisivo en la actividad literaria del limeño; conocido hasta entonces como traductor y adaptador de obras dramáticas y creador ahora, en la vejez, de una significativa producción narrativa: «Olavide —afirma Núñez— se descubre a sí mismo en esos años. Han aflorado sus potencias creadoras que antes estuvieron ocultas o encerradas, en el afán de darse en otros menesteres [...] Emerge un creador caudaloso y lúcido, que impone en el mundo hispánico el auge perdido de la novela ejemplar, que hace retornar de sus nuevas fuentes inglesas en esos años finales de su vida —en parte bajo el sol andaluz de Baeza— siete novelas, una tras otra, que lega para su póstuma publicación». [18] Pues bien, he podido comprobar —hasta el momento— que Olavide traduce, adaptándolas, tres novelas francesas, *Guermeuil,* de Baculard d'Arnaud, *Ernestine,* de Madame de Riccoboni —en la que se había fijado el redactor de *El Memorial*—, y *Félix et Pauline ou le tombeau au pied du Mont-Jura,* de Blanchard, que se convierten en *Los peligros de Madrid, El amor desinteresado y El fruto de la ambición,*

16 *Lecturas útiles y entretenidas,* op. cit., pág. 5, I *[Prólogo].*
17 Idem, ibidem, pág. 11.
18 *El nuevo Olavide,* op. cit., pág. 97.

respectivamente; tres de las publicadas en 1800 en las *Lecturas útiles y entretenidas* y que, a su vez, constituyen la mitad de las editadas por Estuardo Núñez en 1971.

La clave de estos descubrimientos me la dió primero el haber encontrado una versión distinta, poco posterior a las *Lecturas,* de esta última novela de Blanchard, *Félix et Pauline,* traducida por Vicente Rodríguez de Arellano en su *Decámeron español* [19] bajo el transparente título de *El sepulcro en el monte,* hecho que sin embargo creo que nadie ha detectado tampoco. Ni Olavide ni Arellano hacen alusión a que se trate de una traducción, salvo en las ambiguas frases del prólogo de *Lecturas,* pero no tiene esto demasiada importancia si se tiene en cuenta los usos de la época. Como han señalado Joaquín Marco, Paula de Demerson y otros críticos, se traduce incansablemente, y al traducir se adapta. De esta actividad de los adaptadores va a proceder en gran parte, la novela contemporánea en España. [20]

Por lo demás no resulta esto extraño en Olavide, que ya lo había experimentado en sus versiones de comedias con las que impulsaba la renovación teatral en la España del Siglo XVIII; habilidad que muestra también en su obra famosa de carácter apologético, *El Evangelio en triunfo.* [21] No es raro que cuando decida acometer una tarea narrativa lo haga con los mismos supuestos en que tenía costumbre de moverse dentro de su actividad literaria. Los mismos supuestos también cuanto a la motivación y a los fines, que constituyen en él ideas fijas provenientes en todos los casos de su mentalidad ilustrada, matizadas en las *Lecturas* por los graves sucesos de la última parte de su vida: la condena inquisitorial, la experiencia de la Revolución francesa. Entre ellos, tal como vemos en el prólogo, está el bien de los jóvenes —«Esta juventud

---

19 *El Decámeron español ó colección de varios hechos históricos raros y divertidos,* Madrid, Fuentenebro y Cía., 1805, III.

20 Vid. Marco, J.: *Notas a una estética de la novela española (1795-1842),* «Boletín de la Real Academia Española», XLVI, 1966, pág. 117 y Demerson, P. de: *Esbozo de una biblioteca ilustrada (1740-1808).* Oviedo. Universidad, 1976, pág. 20. La autora hace notar también que esta manera de traducir se hacía ya en Francia (con la consiguiente doble versión de las obras inglesas o de otros países traducidas al español a través del francés). A los ejemplos aducidos por éstos y otros investigadores podría añadírsele una larga lista.

21 Valencia, Hermanos de Orga, 1797. III, pág. 364.

seducida, porque no está ilustrada más que a medias», había dicho en *El Evangelio en triunfo*— y la conveniencia de entretenimientos adecuados, que siendo agradables y divertidos, impulsaran la práctica de la virtud; motivos ambos de conocidos antecedentes literarios, determinantes —al menos formalmente— de la producción de tantos autores de cuentos morales, anécdotas, historias y obras por el estilo a lo largo del siglo ilustrado. [22] Con las variantes específicas del género en el siglo XVIII, la necesidad de estos relatos llega a ser un sentir general por las décadas finales del siglo, en las que se espera excelentes resultados morales de su difusión y lectura. En el *Novelero de los estrados y tertulias y Diario Universal de las bagatelas, obra semanaria,* el editor anuncia la inclusión de este tipo de obras en sus números:

> «Seguro de conseguir el aprecio general del Público Juicioso de España, me he determinado a imprimir algunos Cuentos Morales, que son el recreo de toda la discreción de Europa, y una Escuela abierta de las buenas costumbres, manifestando el vicio, y la ridiculez de las malas. [...]. Simplemente traducidos los Cuentos Morales de *Marmontel*, y otros, creo yo harían un efecto prodigioso; porque en ellos se pintan con pureza y exactitud todos los varios caprichos de los hombres, con tanta generalidad, que nadie puede ser ofendido por ellos». [23]

Pero el hecho de que Olavide adapte y no imite, al menos por ahora en tres de sus obras narrativas, hace que el interés de la crítica deba centrarse sobre todo en examinar qué elige y qué cambios establece en aquello que elige. En ese sentido orientaremos la última parte de esta comunicación: en la elección de las obras identificadas y en las variantes que introduce en ellas; cambios

---

22 En las *Lecturas* se expresa claramente: «Quando yo era joven, conocí en Madrid un sujeto ilustrado y virtuoso que se quejaba continuamente de nuestras malas Novelas y peores Comedias [...] que siendo ésta la casi única lectura de la juventud incauta y ociosa, estragaba al mismo tiempo el gusto del talento y la honestidad del corazón [...]. Añadía, que para remediar este inevitable daño, el mejor remedio sería, que hombres hábiles y de buenos principios de moral, se dedicasen a escribir esta especie de libros, de modo que pudiesen ofrecer lecturas que siendo agradables y divertidas, para hacerlas leer, tuviesen también el mérito de no presentar más que buenos exemplos» (op. cit., págs. 3-4 *[Prólogo]*.

23 Madrid, imprenta de don Gabriel Ramírez, s. a. (1764) *[Prólogo]*.

que aún no estamos en condiciones de establecer en qué medida se deben exclusivamente a Olavide, pero que sí podemos adelantar los que se dan de hecho y resultan más significativos.

* * *

En primer lugar hay que decir que las tres novelas identificadas son bastante distintas entre sí, aunque en principio cabría encuadrarlas en el ámbito de las obras narrativas teóricamente morales, con el rasgo común de una cierta audacia en su elección. Bien es verdad que las novelas de las *Lecturas* pasaron inadvertidas a la Inquisición y, a pesar del juicio adverso de *El Memorial literario,* no se consideraron peligrosas. Son años en que la sensibilidad está de moda, y cuando en 1806 se publica en Madrid la traducción declarada de una de ellas, *Félix y Paulina,* la *Gaceta* hace una crítica elogiosa de su contenido: «El fin que se propuso Blanchard fue enseñar la virtud y para conseguirlo ha seguido un camino tan acertado como brillante, inspirando siempre una sana moral y adornando la aridez de sus preceptos con ejemplos verosímiles para hacerla más amena y agradable. Los grandes sentimientos que esta obrita puede renovar en muchas personas y criar en otras, hacen su lectura muy útil e interesante para todos». [24] Claramente, el redactor de la *Gaceta* participaba de las ideas del siglo, pues la obra de Blanchard no tenía nada de inocente, como heredero de Rousseau que era; [25] y, aunque *El fruto de la ambición* de Olavide y, lo que es más raro, *El sepulcro en el monte* de Rodríguez de Arellano, al parecer siguieron circulando libremente, la traducción de 1806 fue prohibida por la Inquisición al año siguiente. [26] ¿Era consciente Olavide de las doctrinas heterodoxas que proponía adaptando esa obra, a pesar de que

24 *Félix y Pauline o el sepulcro al pie del Monte Jura,* puesta en español por B. V. A. La crítica de la «Gazeta de Madrid», es del 14 de marzo de 1806. Cit. por Paula de Demerson: *Esbozo...,* op. cit., pág. 38.

25 Defourneaux recuerda que «Por grande que sea el horror que inspira Voltaire, al examinar las opiniones expuestas en los edictos y censuras del Santo Oficio, se tiene la impresión de que Rousseau resulta, y con razón, un enemigo mucho más terrible» *(Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII,* Madrid, Taurus, 1973, pág. 164).

26 Idem, ibídem, pág. 254.

atenuara algún rasgo, pero manteniéndola en conjunto? Seguramente no; pero hay que señalar que otro de los autores elegidos, Baculard d'Arnaud, contaba con una obra suya prohibida por la Inquisición en 1796, *Eufemia o el triunfo de la religión,* [27] lo cual ya entrañaba ciertas sospechas. Pero todo esto quizás sólo *a posteriori* pudiera verse claro, pues las condenas de algunas obras de estos autores fueron posteriores a las *Lecturas*; [28] cuando éstas salen, los tres autores franceses, Mme. de Riccoboni, Baculard d'Arnaud y Blanchard, prácticamente olvidados hoy, eran populares y conocidos, con una obra extensa, y, aunque irregularmente traducidos, los círculos ilustrados de la época tenían un conocimiento considerable de ellos.

Puede decirse en resumen, que Olavide eligió indudablemente lo que consideraría más significativo e interesante para difundir entre los lectores españoles, viniendo así a constituir las *Lecturas útiles y entretenidas* una verdadera antología de textos de la nueva novela corta europea. De las tres identificadas, *Ernestine,* de Madame de Riccoboni, es una obra amable, una anécdota sentimental en la que predominan la delicadeza y la gracia: la historia de una joven pintora, de humilde condición, que en su ingenuidad, trata con toda confianza a un cliente que resulta ser noble; éste, atraído por su encanto, llega a visitarle asiduamente, dotándola de bienes materiales en secreto y, en definitiva, a seguir en el camino de un mutuo enamoramiento insensible. Una amiga de Ernestine le hace ver en el peligro que se encuentra de ser seducida y, de común acuerdo, con gran pena, comienzan a tomar medidas de prudencia. Al final, Ernestine, al enterarse de la ruina y enfermedad del Marqués, cuando todos le abandonan acude a ayudarle con todo lo que tiene, y el Marqués anuncia su decisión de casarse con

---

27 Aunque la traducción databa de 1768. Vid. ídem, ibídem, pág. 251.

28 Vid. ídem, ibídem, págs. 251 y 154. Además de que eran conocidas en España en francés, hay traducciones de obras de estos autores antes y después de las *Lecturas* (Vid. Montesinos, J. F.: *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX,* Madrid, Castalia, 1972, págs. 44 y Demerson P. de: *Esbozos...,* op .cit., s. v.). En realidad, estos casos vienen a ser ejemplos de la difusión real de libros extranjeros que pasaban desapercibidos aunque antes o después otras traducciones se prohibieran. (Vid. Defourneaux, P. de: *Inquisición...,* op. cit., pág. 191).

ella un momento antes de que le llegue la noticia de la recuperación de su estado y fortuna.

Guermeuil, de Baculard d'Arnaud, por el contrario, se salva apenas en el último momento de ser un relato trágico: no en vano este autor está considerado como maestro del género «sombre». El proceso de perversión del joven provinciano Guermeuil se documenta detalladamente en el texto: recién llegado con su mujer e hijos a la capital, cae en manos de un mal amigo que, en complicidad con una bella viuda, se dedica a destruir sus convicciones religiosas primero y luego a hacerle caer en el vicio para sacarle todo su dinero. Su mujer, gravemente enferma de tantos sinsabores, está a punto de tomar una medicina cuando le llega el aviso de que ésta está envenenada y que aparentemente el culpable es su marido. En el último momento irrumpe Guermeuil que se ha enterado del hecho y quiere impedirlo, deshaciéndose después definitivamente de los lazos que le unían a sus criminales amigos que tienen un mal final.

Félix et Pauline, mucho más extensa, es también una de las novelas más distintas del conjunto de la colección de Olavide. Blanchard, en el prólogo, se manifiesta discípulo de Rousseau y Saint-Pierre y declarado partidario de la naturaleza, del campo frente a la ciudad, prefiriendo su gusto el pincel de Gessner al de Richardson; y realmente, su obra es una total exaltación de la naturaleza como único principio válido de todas las virtudes y origen de la felicidad posible en esta vida. La bondad, la inocencia, el candor natural, los sentimientos espontáneos con toda su intensidad, el paisaje agreste, los hombres, los animales y las piedras «naturales» forman el cuadro paradisíaco que se rompe brutalmente por la avaricia del padre de la joven, prometida desde su infancia al hijo de un labrador amigo que decide casarla con un hombre rico. Ante la decisión de Pauline de obedecer a su padre, Félix, llevado por una furia similar a la locura, intenta primero tirarla por un barranco; arrepentido, se limita a despeñarse él solo después. Pauline no tarda en enloquecer y morir, llenando de un luto definitivo el valle y dejando a su padre llorar hasta el fin de sus días su inconsiderada oposición a las leyes de la naturaleza.

Como no es el momento de examinar las variantes con de-

talle, voy a exponer a continuación algunas diferencias de carácter general que establece Olavide en sus versiones, aunque todavía sin conclusiones definitivas, traduciendo literalmente el texto francés para agilizar su estudio.

La primera diferencia básica es la naturalización de nombres de personas y lugares, de costumbres —algún detalle más o menos relevante, pues en general las novelas carecen de color local— y la adopción de giros castizos en la traducción de algunas frases. Guermeuil, Blinval, Mme. Cerignan, Ernestine, Henriette, Félix, Pauline, Varanzai —entre otros— quedan convertidos en Marcelo, el Marqués de Dombal, Cipriana, Paulina, Tomasa, Albano, Rufina, Don Fermín de Lerena, etc. París es Madrid; los Alpes, los Pirineos, y así sucesivamente. «Guermeuil bebió a largos tragos el filtro seductor» (*G,* 386) [29] es traducido por «Marcelo se tragó todo el anzuelo» (*P,* 140); «estas inocentes criaturas» (*G,* 390) refiriéndose a sus hijos, se cambia en «estos pedazos de mi corazón» (*P,* 141). En *Ernestine* leemos: «iba al espectáculo, al paseo, cenaba fuera, volvía tarde, dormía una parte del día» (*E,* 7); en *El amor desinteresado* todo eso se convierte en «Felipa iba a la comedia, al prado, no perdía paseo, volvía muy tarde a su casa, en fin, no hacía otra cosa» (*A,* 89). La afición al teatro de Olavide se hace patente: (Ernestine) «no se apercibió de que ella fijaba las miradas de una multitud de espectadores» (*E,* 28) aparece, en la versión del antiguo Asistente de Sevilla, como «no se apercibió que el patio, los palcos, y la luneta tenían los ojos sobre ella» (*A,* 100).

Por lo demás, Olavide introduce pequeños continuos cambios, sin gran importancia, a veces inexplicables, innecesarios, posiblemente caprichosos; a menudo alterando el orden de las frases o realizando pequeñas adiciones o supresiones no siempre en un

---

29 Para aligerar las citas de los textos de las novelas, citaré indicando solamente entre paréntesis la abreviatura del título seguida del número de la página corespondiente, y en cifras romanas el tomo si lo hay; según las abreviaturas siguientes: *G: Guermeuil* (Baculard d'Arnaud, *Ses oeuvres.* París, 1768-83, tomo IV); *E: Ernestine* (Madame de Riccoboni, *OEuvres completas,* París, 1970, tomo V); *F: Félix et Pauline ou le tombeau ou pied du Mont-Jura* (Pierre Blanchard, París, An. VI [1798]; *P: Marcelo o los peligros de la Corte (Los peligros de Madrid); A: Paulina o el amor desinteresado (El amor desinteresado); FR: El incógnito o el fruto de la ambición (El fruto de la ambición).* Citaré las versiones de Olavide por la edición de E. Núñez con el fin de facilitar la consulta.

sentido determinado. Son quizá más frecuentes las adiciones: rellenan lagunas lógicas, sirven de acotaciones al diálogo o facilitan la comprensión del estado de ánimo de los personajes. Todas ellas parecen responder a un deseo de elaboración seria del material de que dispone y también, como se probará luego, a una clara vocación narrativa que le lleva a improvisar lo que puede dentro de las líneas fijadas por el original. En ocasiones es un cambio de matiz al traducir una palabra por otra: « ¡Oh obediencia mortal! » (*E,* I, 41) se cambia por « ¡Qué obediencia tan inhumana! » (*FR,* 51). «Su desdichada víctima» (*G,* 395) por «El sencillo Marcelo», (P, 143) que no tiene nada que ver, salvo la realidad de fondo. Con frecuencia añade alguna precisión por su cuenta: «como puñales» (*F,* I, 79) se traduce «como puñales afilados» (*FR,* 66); «se interroga con franqueza», (*G,* 391) será «se pregunta a sí mismo con franqueza y severidad». Algunas variantes están llenas de buen sentido: cuando Blanchard describe «sus grandes ojos azules, sombreados de largas pestañas negras» (*F,* I, 103) Olavide traduce «sus grandes ojos azules, que estaban rodeados de largas y rubias pestañas» (*FR,* 23). Las cifras producen en el adaptador un irresistible deseo de variarlas un poco: prácticamente ninguna queda igual a la del original. Ernestine pasa tres años con su maestro; la correspondiente Paulina, cuatro. La mujer del pintor tenía entonces veintiséis años, pero aquí más de treinta; y mientras que Henriette, en la novela francesa estaba por alrededor de los treinta, Tomasa, en la española, tenía ya más de cuarenta años. Los padres de Félix y Paulina se dan cuenta de sus buenos sentimientos cuando los niños tienen tres y dos años respectivamente; en *El fruto de la ambición* no caen en ello hasta que Albano cumple seis años y Rufina cinco. Con respecto a otras cifras el criterio es más de fondo: se evita concretar el dinero que recibe un determinado personaje: «puso a su nombre una suma de ocho mil libras» (*E,* 5), se dirá de Henriette a la muerte de la primera protectora de Ernestina; pero en la versión española aparece: «compuso una pequeña cantidad que puso a interés en favor de su pupila» (*A,* 88). Por lo general es más «novelero» que el texto francés y evita lo mediocre si puede hacerlo. De Guermeuil se dice que «era poseedor de una fortuna bastante considerable, que le había dejado un pa-

dre venido a rico por los productos de un comercio tan honorable como lucrativo» (*G,* 367). Olavide inicia así su novela: «Don Marcelo de la Vega era un caballero distinguido, que había heredado de sus padres un rico mayorazgo, y vivía noblemente en la ciudad de su nacimiento» (*P,* 128).

No todos los cambios son tan breves. Las adiciones, sustituciones y supresiones de cierta entidad, al menos formalmente, se dan con frecuencia en las tres obras; más quizá las adiciones. En cuanto a las supresiones que predominan hacia los finales de las novelas, dan la sensación de deberse a cansancio del adaptador. Pondré sólo un ejemplo. Ernestina pasa una temporada en el campo mientras que el Marqués está con su regimiento. Llega la hora de volver y el texto francés da los detalles: «Desde la apertura de la campaña, los preliminares de la paz estaban avanzados, los ejércitos no tenían más orden que la de observar; hacia la mitad del verano, recibieron la de separarse y nuestras tropas repasaron las montañas. El Marqués de Clémengis, que se había quedado enfermo en Turín, no llegó a París hasta el comienzo del otoño» (*E,* 23). El texto español dice sencillamente: «En fin llega el Otoño. El Marqués vuelve a Madrid» (*A,* 23).

Las adiciones, responden a una tendencia a la amplificación que puede tener distintos sentidos. En ocasiones adquieren el valor de una acotación oportuna que favorece el aspecto narrativo del texto a la vez que refuerza la interpretación lógica de modo explícito: «la llama muchas veces» (*F,* II, 78) viene a ser «La llama muchas veces para que recobre el sentido, y con voz tan alterada como temerosa la dice» (*FR,* 66); [hay que indicar que en los textos españoles se da un laísmo total]. Por lo general, y sólo vamos a espigar en los innumerables ejemplos, las adiciones explican, hacen más expresivo y gráfico el texto; con más elocuencia, pero no siempre con mayor acierto estilístico. Una sola frase del original puede dar pie a un párrafo donde se ha incrementado el patetismo: así, cuando el padre de Félix encuentra a su hijo en la oscuridad, tirado en el suelo, Blanchard describe el momento en que se da cuenta de que está herido limitándose a decir: «Pero apenas se ha apercibido del rostro de Félix cubier-

to de sangre, se le escapa un grito» (*F*, II, 65). Olavide en cambio traduce:

> «Diciendo esto, quiere tomarle la mano para levantarle, pero sintiéndola húmeda, y que ha humedecido la suya, la levanta para reconocerla a su linterna, ve que es sangre, y se sobresalta: aplica la luz sobre el cuerpo de su hijo, y ¡Dios santo! ¡Cómo se queda cuando le ve deshecho, destrozado, el semblante desfigurado, y todo cubierto de su sangre! se le escapa un grito que hubiera enternecido las fieras». (*FR*, 60).

Otro ejemplo, que habla de la capacidad fabuladora de Olavide, en un caso muy distinto. Los malos amigos de Guermeuil intenta atraerle otra vez a sus lazos, después de un arrepentimiento momentáneo. «La viuda, después de algún tiempo, afectó un estado de languidez del que su belleza tomó en préstamo más poder» (*G*, 395). En el texto español se describe así la situación fingida de Cipriana:

> «La viuda empezó a sentirse un poco indispuesta, y no podía salir de casa; pero poco después su mal iba aumentándose. No había nada peligroso, pero eran vigilias nocturnas, y un cierto malestar continuo que no la dejaba sosegar. Este estado la inspiraba una cierta languidez, que aumentaba el poder de su hermosura. (*P*, 144).

Por supuesto no faltan ejemplos de simples sustituciones en el texto, cambiando unos elementos por otros; por motivos diversos, como puede ser la mayor verosimilitud en el caso que aducimos: Félix y Pauline se encuentran una anciana con dos nietos muy pequeños, en una situación de extrema necesidad. Su choza está en un estado deplorable y los jóvenes se ponen a repararla. He aquí las dos versiones de un aspecto del hecho:

> «Como Félix tenía mucho calor, la buena mujer nos ofreció una cestilla llena de hermosas fresas que había recogido de su jardín». (*F*, I, 71).

«Cuando nos veía deshechos en sudor, nos hacía sentar, nos traía en su jarro un poco de agua, y nos sacaba su pobre y negro pan para que comiéramos». *(FR,* 13).

* * *

Hasta aquí hemos visto variantes menores, pero en las que ya se puede apreciar las cualidades de Olavide narrador y su gusto por establecer continuas modificaciones en los dos sentidos fundamentales que hemos podido apreciar: corrigiendo el contenido del texto, sin desvirtuarlo, e inventando, esto es, creando, nuevas historias secundarias grandes y pequeñas. Grandes desde luego en un sentido limitado puesto que sólo comparando con detenimiento los textos nos damos cuenta de que no se atienen en cuestiones de detalle al original francés. [30]

Entre las diferencias de contenido más importantes puede destacarse una de conjunto: la impregnación de sentido religioso —muy conforme al Olavida de *El Evangelio en triunfo y Poemas cristianos,* sus obras más cercanas en el tiempo mediante expresiones, referencias, etc. de las que carece el original o bien, si ya los hay, dándoles un matiz menos deísta. En general, Olavide lima frases que puedan herir el sentido sólidamente cristiano del lector y de sí mismo, y, en contadas ocasiones, modifica en parte los actos o las consecuencias de los actos de los personajes. Así por ejemplo, Ernestine, decidida a abandonarse por completo a la decisión de su amado, le escribe una carta —que no tiene otro efecto que el de aumentar el amor del Marqués hacia ella— ofreciéndole incluso ser su amante si se lo pide; en la versión de Olavide, este ofrecimiento queda implícito, formulándose de esta manera:

30 De hecho lo sigue prácticamente la mayoría de las veces, pero hay algunas en que se separa de él aun a costa de la complicación que esto supone para la futura coherencia del resto del texto. Tenemos el ejemplo contrapuesto de Rodríguez de Arellano, que al adaptar la misma obra de Blanchard, sigue casi literalmente el texto francés y en el caso de que considere que debe cambiar algo, lo hace de la manera más simple posible, aunque también por ello se resiente la verosimilitud. Olavide elabora mucho más, a veces innecesariamente; pero sus cambios, aunque significativos, nunca son decisivos en el texto.

«someteré mi conducta entera a tu soberana decisión. Por dar consuelo a tus disgustos, no hay nada a que no me disponga; pero yo interpelo tu generosidad». (*A*, 120).

Desde un punto de vista formal, en alguna ocasión se permite establecer cambios de mayor envergadura que unas simples frases. Se deja llevar entonces por su capacidad y afición a crear pequeñas historietas, con las que es de suponer que cree mejorar el original o sencillamente adaptarlo más adecuadamente a los gustos y hábitos —también literarios— de los lectores españoles. En este sentido, observamos que los comienzos de las tres novelas son diferentes a los comienzos de los originales franceses, lo que, unido al cambio de título y a la naturalización de los nombres propios, dificulta la identificación de las obras. [31] En el interior de los textos se encuentran también algunos ejemplos, pero no son frecuentes; traemos aquí uno de ellos.

En *Félix et Pauline,* poco antes de que se realizara la boda entre los dos jóvenes el padre de Pauline tiene un encuentro fortuito con un caballero rico, al que después prometerá su hija.

Este encuentro se produce de manera relativamente natural en la obra de Blanchard, pues Monsieur Varanzai pasa los otoños en una cercana casa de campo y se conocen desde años atrás. Cuando el anciano padre, a la vuelta de un negocio, se ve asaltado por dos ladrones, grita; y Monsieur Varanzai, que pasaba a caballo, dispara su pistola. Los ladrones, asustados, huyen sin hacerle nada. El caballero se lo lleva a su casa, donde pasa la noche. Es después, al ir a visitar al anciano en su alquería, cuando ve a la joven y se enamora de ella.

Transcribo parte del texto francés, donde se describe el desenlace del asalto:

«grité pidiendo socorro: los dos malvados que me tenían cogido, quisieron cerrarme la boca y amenazaban matarme con juramentos terribles si no me callaba; pero el hombre generoso

31 Aunque los relatos introductorios nuevos resultan similares a los de los modelos. Véase mi artículo *La obra narrativa de Pablo de Olavide: nuevo planteamiento para su estudio* arriba citado.

que debía librarme estaba ya cerca; vio mi peligro y disparó con la pistola contra mis asesinos: el golpe falla, pero lleva el terror a los corazones que el crimen volvía temerosos. Huyen; lejos de seguirles, mi liberador viene a mí y me tranquiliza.

Como la oscuridad se hacía espesa y convenía que abandonáramos el lugar funesto donde estábamos, me hizo montar a la grupa detrás de él, y me condujo a su casa, donde pasé la noche y fui tratado con todos los cuidados de una hospitalidad generosa». *(F,* I, 109).

No hay más. Veamos ahora el correspondiente texto en la versión de Olavide:

«[...] le grito pidiéndole socorro. Los malvados quieren cerrarnos la boca, juran que me matarán si no callo, y en efecto, uno de ellos me da una puñalada. Mientras esto pasaba el caballero ya estaba cerca de nosotros, y viendo su acción y mi peligro, saca una pistola, y dispara un tiro contra los agresores. No les acierta; pero los intimida. El delito acobarda, huyen atropellados, y mi libertador se acerca a mí y me socorre. No pudiendo darme otro auxilio, me aplica un pañuelo a la herida para detenerme la sangre, me hace montar a las ancas de su caballo, y me lleva a su casa, que estaba a una legua de allí.

Aunque yo iba herido estaba con todo mi conocimiento, y no me sorprendió poco verle entrar en una casa magnífica, muy extraordinaria en nuestros montes, pues más tenía la fortuna de un palacio, y parecía acabada de hacer.

Lo primero que hizo mi generoso conductor fue ponerme en un cuarto suntuoso, y hacerme acostar en un rico lecho. También mandó llamar un cirujano, y en fin, me hizo dar todas las asistencias que mi situación hacía necesarias; pero puso en mi socorro tanto ardor, interés y fineza, que no se apartaba de mi lado sino en el tiempo preciso para su descanso y el mío. El cirujano nos dijo, que mi herida era profunda, pero que podía no ser peligrosa, y que él lo sabría decir al día siguiente cuando me quitase el vendaje». *(FR,* 25).

No es posible seguir transcribiendo el texto de Olavide hasta que el anciano vuelve curado a su alquería porque se extiende

durante varias páginas, en las que se describen las atenciones del caballero durante la temporada que pasa con él hasta que se repone totalmente, las visitas de su mujer y del joven Albano, las conversaciones con su protector, del que al fin consigue saber el nombre y su historia, que se da con todo detalle:

> «Al fin conseguí saber que mi bienhechor se llamaba Don Fermín de Lerena, que había nacido en el mismo lugar, de una familia distinguida, y él mismo me contó, que habiendo ido en sus tiernos años a Madrid a casa de un tío suyo, rico negociante, le había servido en su comercio, y con tanta dicha, que había cuatro años que Dios se lo había llevado, y dejado a él por su heredero, por cuya causa se hallaba con muchos bienes de fortuna». *(FR,* 26) (etc.).

En fin, esta complicación gratuita del texto supone, entre otras cosas, una preocupación en Olavide más allá de la del mero traductor o adaptador superficial; y, teniendo en cuenta el conjunto de las *Lecturas,* creo que responde a un gusto por lo imaginativo —en Olavide o que él supone en los lectores a quienes van destinadas—; un concepto de lo novelesco, mucho más *entretenido* que el reflexivo relato de Blanchard; que lo es bastante, pero que resulta tan distinto a los enredos de las novelas herederas de fórmulas cortesanas y de aventuras que son mayoría en las *Lecturas.* De todas maneras, al no modificar estas variantes —no muy originales por otra parte—[32] sustancialmente el relato y ser tan escasas, solamente resultan curiosas muestras de la potencial creatividad de Olavide, que, al menos en estas tres obras, no utilizó más que para realizar adaptaciones; y que lleva a pensar, de acuerdo con su manera de hacer en otros géneros, en que lo mismo hizo con todas las demás novelas de la colección, al pa-

32 Creo que nada hay que aunque no esté en los textos franceses se separe sustancialmente de lo que se puede encontrar en las novelas de la época. Así, el marco narrativo que Olavide da a *El fruto de la ambición* (el viajero que busca un asilo al anochecer mientras arreglan la rueda de su carruaje y da pie a lo que constituye la novela) es prácticamente igual que el comienzo de uno de los cuentos morales de Marmontel: *La Bergere des Alpes (Contes moreaux,* La Haye, 1790, tomo II, págs. 1-2).

recer en los dos años primeros de su estancia en Baeza, a la vuelta de Francia.

* * *

Como conclusión de lo hasta aquí visto, diremos que de ahora en adelante habrá que matizar las afirmaciones que la crítica de Olavide novelista ha hecho con referencia a la literatura española e hispanoamericana teniendo en cuenta los hechos fundamentales analizados aquí: que siendo el número de las novelas de Olavide mayor que del que se pensaba, una vez establecida la relación entre las publicadas en Nueva York, 1828, las citadas por Fernández de los Ríos y las contenidas en la colección *Lecturas útiles y entretenidas* (Madrid, 1800), la existencia entre ellas de adaptaciones de obras extranjeras, en línea de continuidad con la anterior actividad literaria de Olavide, se debe replantear la consideración de estas obras dentro de la historia de la literatura en España. Sin perder de vista que, aún en el caso de que se llegase a probar —cosa muy difícil— que todas fueran adaptaciones, no supone esto algo demasiado negativo para la repercusión de su labor en el desarrollo de la novela española, porque, como vimos, la adaptación es práctica normal en ella y no son las obras originales, excesivamente reducidas en número, las que determinan la evolución de los hábitos literarios de finales del siglo XVIII y principios del XIX, sino el conjunto de todas las que circulan por el país, originales españolas o traducciones más o menos adaptadas. Las *Lecturas útiles y entretenidas* fueron actuantes en la conformación del gusto de autores y lectores de las primeras décadas del siglo XIX. Novelas incluídas en la colección aparecen editadas en Filadelfia en 1811 [33] —aparte de las de Nueva York, 1828—; dentro de España, constituían uno de los libros corrientes al alcance de los jóvenes, según el estudio de Paula de Demerson; [34] y eran lectura general de los madrileños según el testimonio que cita Montesinos del anónimo *Los vicios de Madrid,* en que aparecen junto

33 *Manual del librero hispano-americano,* Barcelona, 1948-77, s. v.
34 Lo incluye en su *Esbozo...,* op. cit., págs. 44-45.

con otras obras dispares: las novelas de doña María de Zayas, *La Voz de la naturaleza* de García Malo, *el Quijote,* las obras de Richardson, *Alejo* de Ducray-Duminil, etc. [35] En este sentido, de parecida manera a como discurrió el papel de Olavide con respecto al teatro, —salvando las distancias por las circunstancias de todo tipo que concurren— animó la difusión y afirmación de la nueva novela en el ámbito hispánico, contribuyendo en gran medida a la evolución de un género y a la extensión de sus ideales ilustrados tal como se formulan en los últimos años de su vida.

35 Vid. Montesinos, J. F.: *Introducción...,* op. cit., pág. 44.